



RELACION NUEVA.

DE VALOR BIEN EMPLEADO

POR LA HERMOSA

DOÑA BLANCA.

Nací en Flandes, aquel raro prodigio donde la fama por las etéreas mansiones tantos blasones alcanza; aquel centro, aquel asombro de las ciencias y las armas, en quien de marciales glorias tantos triunfos se señalan:

aquel, pero en mis razones está demas su alabanza; porque en sus grandezas sobra cuanto en mi discurso falta. Desde mis primeros años, cuando aquellas luces claras del tiempo de la razon, que es de nuestra vida el alba,

amanecieron en mí
 y con dos líneas doradas
 la edad de diez y ocho años,
 me sacó el tiempo á la cara,
 me incliné mas que á las letras
 al manejo de las armas.
 Continuo divertimento
 era en mí el monte y la caza,
 porque de la guerra son
 una muda semejanza.
 Corriendo tras mi destino,
 salí una hermosa mañana
 de mayo, donde amaltea,
 solícita y cortesana,
 en egércitos lucidos,
 introdujo copia tanta
 de flores, que al verlas dije,
 dándole al Autor las gracias:
 sin duda la primavera
 á cortes sus flores llama
 á este sitio pues que junta
 tan opulentas escuadras.
 Cansado ya de mirar
 tronco á tronco, rama á rama,
 la esmeralda entre claveles,
 y el clavel entre esmeraldas,
 lleguè á la apacible márgen
 de un arroyo, cuyas aguas
 cuanto un cristal atesoran,
 dan desperdicios en plata.
 Apeéme del caballo,
 y atándole de una rama,
 la escopeta arrimo, y tiendo

sobre la arena la capa;
 busco el sosiego, y apenas
 á descansar empezaba
 cuando oigo ruido lejos;
 examino las pisadas,
 pòngole oido, vuelvo el rostro,
 veo que á mí se acercaba
 un hombre, llegóse á mí,
 él no llagó con palabras:
 luego palabras con èl
 allí fueron escusadas:
 con lenguas de fuego habló,
 y con prudencia irritada
 y cólera, le respondo
 con la lengua de mi espada;
 cruel, sangriento me embiste,
 yo le tiro, èl se repara.
 Mas viendo que su peligro
 evidente se mostraba,
 con una pistola vibra
 contra mí postas y balas,
 mas viendo la disparó
 le busco con tanta rabia,
 que cuando el humo paró,
 ya estaba muerto á mis plantas.
 Victorioso, aunque confuso,
 sin saber de quien triunfaba,
 llego, y descubrole el rostro:
 aquí me turbé, pues halla
 mi valor un caballero
 de lo mejor de mi patria,
 sobrino de un gran señor,
 y heredero de su casa,

y le obligaron así
 los zelos de cierta dama,
 que al paso que á mí favores,
 á él desfavores le daba.
 Embainé el lucido acero,
 que fuè inexpugnable parca
 de su desdichada vida.
 Monté á caballo, á mi casa
 doy vuelta, juzgando que
 no hubiese quien me buscara;
 mas dentro de pocas horas
 saliò el suceso á la plaza,
 y entre diversos corrillos
 nobles y plebeyos, daban
 diferentes coloridos
 al lienzo de mi desgracia.
 Finalmente, la justicia
 rigurosamente manda,
 que vivo ó muerto me prendan.
 No sé qué lengua villana
 pudo descubrirme, y viendo
 del modo que me buscaban,
 y tan cierto mi peligro,
 apelé al salto de matas,
 antes que á ruego de buenas.
 Dejé mi casa y mi patria:
 gasté algun tiempo en Madrid
 y sin duda alli pasara
 toda mi vida à no haberme
 sucedido otra desgracia.
 Pasé desde alli á Sevilla,
 que es la maravilla octava
 del mundo y en breves dias

vi sus calles y sus plazas.
 Fuime á la ciudad de Cadiz,
 á tiempo que en ella estaba
 el señor Don Luis Fajardo
 de general en la armada:
 en la Almirante senté
 plaza de soldado. ¡Oh cuántas
 cosas remito al silencio
 por no alargar la sustancial!
 Solo de paso diré,
 que dando velas y jarcias,
 al imperio de Neptuno,
 sobre su escarchada plata,
 flámulas y gallardetes
 eran volantes, que daban
 admiraciones al mundo,
 asunto mucho á la fama.
 Sucedió pues que una tarde
 á bordo de la Almirante
 me desmintiò un capitan;
 yo al ver manchada mi fama,
 lleno de ira le arrojo
 una mano á la garganta,
 y sacando con la otra
 una muy lucida daga,
 le dije: Dios te perdone,
 cuando él dijo: Dios me valga.
 Mi general se irritó
 contra mí, y al punto manda
 que me den muerte, y yo viendo
 su rigor, me tiré al agua
 disparándome dos tiros.
 Dios me libró, cosa es clara,

y haciendo remos los brazos,
 racional bajel surcaba
 al piélago de zafir,
 hasta llegar á una playa,
 en donde estuve tres dias.
 Dejo aparte cosas varias
 de sucesos y prodigios,
 donde en provincias estrañas
 nunca de mí descubierto
 mi valor se acreditaba.
 En hombros de mi fortuna
 vine á París, Corte de Francia,
 donde al Rey servia, y donde
 me egercitaba en las armas,
 y ganè tantos laureles
 que me hizo en breve la fama,
 si entre los soldados Marte:
 Adónis entre las damas.
 Estaba á este tiempo presa,
 y aun á muerte sentenciada,
 una gallarda francesa,
 si hermosa tan desdichada,
 á quien su negra desdicha,
 le puso por nombre Blanca:
 y no es esta la primera
 Blanca, hermosa y desdichada.
 Llegó el dia del suplicio,
 y por las calles y plazas
 amanecieron carteles,
 diciendo en letras doradas:
 por adúltera, á la muerte,
 está sentenciada Blanca.
 Seis horas tiene de vida,

término que se señala
 á quien defender quisiere
 su honor, su vida y su fama.
 Era la ciudad tropel
 confuso de voces y armas;
 dividido el vulgo en bandos,
 haciendo cuadrillas varias,
 sobre si era justo, ó no,
 civiles guerras armaban;
 si bien ser injusta muerte,
 todos los mas afirmaban.
 A el ir llegando á una esquina
 con mucho recato y maña,
 veo un hombre haciendo señas,
 llegóse á mí con palabras
 turbadas, me dijo: A vos
 aquea empresa os aguarda;
 haced como caballero.
 Fuese, y dejóme una carta,
 rompí la nema, y decia
 de esta suerte: Bien la fama
 da á entender en vuestros hechos
 que os asiste sangre clara,
 y altas prendas os ilustran;
 yo estoy sin honra y sin fama,
 sin amparo y sin consuelo
 y sin vida, pues me faltan
 tres horas para morir;
 hago á las luces sagradas
 testigos de mi inocencia,
 y asi libro en vuestra espada
 mi vida; hacedlo por Dios:
 èl os guarde: *Doña Blanca,*

Confuso quedè, y cualquiera
 aseguro lo quedara,
 porque esta era una Señora
 à quien jamas ví la cara,
 por un mar de confusiones
 mi discurso navegaba,
 ya tímido, y ya resuelto,
 sin determinarme á nada.
 Yo acá para mí decia:
 no resolverme es infamia,
 determinarme es locura:
 ¡Válgame Dios! ¿Esta causa
 no es piadosa cuando busca
 amparo una desdichada?
 Mas preguntarme solia
 fuera de estas circunstancias:
 ¿no es causa de Dios? Pues Dios
 ha de volver por mi causa.
 No muera Blanca: no muera,
 y pues de mí se ampara,
 ó yo he de perder la vida,
 ó ella restaurar su fama.
 Determiné en efecto,
 y con presteza y con maña
 mandé ensillar un caballo,
 tan oscuro que juzgara
 ser de Etyopia nacido
 cualquiera que lo miraba.
 Vestíme de negro trage,
 negras y doradas armas,
 negra la silla del bruto;
 empuñé una negra lanza,
 dí plumas negras al viento,

y al rostro una negra banda,
 debido luto en un hombre,
 al muerto honor de una Dama.
 Saqué sobre campo negro
 con unas letras de plata,
 un Mote, que así decia:
 Yo soy un rayo con alas,
 que en contra de la mentira
 traigo la verdad por armas.
 Con estas tristes insignias,
 confuso llegué á la plaza;
 entré por ella, y apenas
 de balcones y ventanas
 me vieron, cuando un tropel
 se movió de voces varias,
 con confusion que al oírlas
 el bruto que gobernaba,
 alborotado no cupo
 en sí, ni en toda la plaza.
 Dí vuelta por toda ella;
 como todos ignoraban
 quién era, dieron aviso
 de mi vida á la Sacra
 siempre Augusta Magestad
 del Rey; á este tiempo estaba
 dispuesto un triste teatro,
 de lutos horrible mapa,
 pira de horrores confusa,
 arca de miserias y ansias,
 y en él confusa y llorosa
 en una silla sentada,
 vestido un negro ropage
 estaba la hermosa Blanca,

sin órden suelto el cabello,
descolorida la cara;
y á un devoto crucifijo,
devotamente inclinada,
diciendo con mucha fe:

De la calumniosa infamia
que me imputan, solo á vos
apelan mis esperanzas.

Ya era la hora postrera
de su vida desdichada,
cuando á la de marcial eco
de trompetas y de cajas,
con gran pompa y bizarría
fueron entrando en la plaza
tres mantenedores, y uno
que era el que campeaba,
entró en un caballo blanco,
tan soberbio, que negaba
las obediencias al freno,
y tan hijo de su rabia,
que era á su arrogante ardor
la tierra breve distancia.

Traía el gallardo jóven
plumas y galas leonadas,
del mismo color jaez,
con guarniciones de plata,
cubierto el rostro, y un Mote
que decia estas palabras:

Soy un soberbio Leon
si se perdiera ò faltara
furia, valor y osadia,
solo en mi brazo se hallara.

Entró el segundo en un bayo

dorado, cuya arrogancia
se acreditó hijo de Bóreas;
tal era su furia, y tanta
que con cabeza y con pies
pareció que á entender daba,
ú que era trueno con vida,
ó que era rayo con alma,
de celeste terciopelo
era la librea y gala
del ginete, y con perfiles
de oro, y las plumas blancas,
cubierto el rostro, y un Mote
que decia estas palabras:

Yo solamente en el mundo
sé vencer y ganar fama.

Entró el tercero despues
en una yegua alazana,
gallarda y de hermosa vista,
tan soberbia y arrojada,
que al ver su terrible furia,
dijo la gente á la entrada:

Dios te sosiegue, á la yegua;
y al ginete, Dios te valga:

de damasco carmesí
era la librea y gala
del ginete, en quien el oro
bellos bordados esmalta,
tremolando de un penacho
al aire mil plumas blancas,
cubierto el rostro, y un Mote
que dice en breves palabras:

Es tan activa mi furia
y tan ardiente mi rabia,

que si mil mundos hubiera,
á mil mundos abrasara.
Despues de las ceremonias
para este efecto, y las cajas
hacen seña, y yo salí
del puesto donde me hallaba;
llegué al cadalso y le dije
á la rea desdichada:
Señora, tened valor,
que esta vida que os ampara
va á morir por vuestra honra,
pedidle á Dios que me valga,
y me repondió: El os guie,
y en vuestra defensa vaya.
El primer mantenedor
me presentò la batalla,
se travó la lid cruel;
mas me dí tan buena maña,
que se acabó lo pelea
cuado entendí que empezaba.
Cayó difunto en el suelo;
lleno de cólera y rabia
salió el segundo: gran rato
tuvo el sol en nuestras armas,
que admirar, mas pemitió
mi fortuna ó mi desgracia,
que él y el bruto á un golpe mio
victorioso me llamaran.
Dió órden el Rey que de alli
un rato me retirara;
y dije: Decidle al Rey,
que estimo con toda el alma
sus mercedes, que quien sirve

7
hasta vencer no descansa,
que tiempo habrá para todo,
pues es poco lo que falta.
Llegué á mi competidor,
que ya en el puesto aguardaba:
y tan recio á mí partió,
que me hizo crugir la lanza:
tan soberbio era y tan diestro,
y alcanzaba tal pujanza,
que me sacó de la silla:
caí en tierra: Dios me valga:
dije en tonces; pero presto
me levanté, y á la espada
remetí de su osadía
el castigo y la venganza.
Despues de lidiar un poco,
perdió la silla, y me llama
de los brazos, yo le acepto,
y con cólera y con rabia
ó como leon sangriento,
tal conmigo le estrechaba;
tanto llegué á sofocarlo,
tanto, que apenas hallara
lugar por donde salir,
con ser espírtu el alma.
Cayó en fin como los otros,
y con voces mal formadas
dijo: Blanca, Esposa mia,
por complacer una Dama,
(¡qué dolor!) por repudiarte,
y por deslucir tu fama,
de adúltera te imputé:
y esta verdad lo declara

mi conciencia, para que
sino en todo, satisfaga
en parte de la osadía
el castigo y la venganza;
y diciendo esto, murió.
Las trompetas y las cajas,
Grandes, nobles y plebeyos,
por mí la victoria aclaman.
Todos dicen: Blanca viva;
y yo dije: Viva Blanca.
Subí al cadalso, y corté
de sus manos las lazadas:

la bajé en hombros triunfantes
del muerto honor que lloraba.
Llegué hasta los pies del Rey,
y le dije: así descansan
los que tienen sangre noble:
y pues llego á vuestras plantas,
con honra, honor y con vida,
agradeceré, si alcanza
mi humildad, que me conceda
la hermosa mano de Blanca,
para que mi dueño sea,
dando asuntos á la fama.



CARMONA.

Imprenta de Don José María Moreno.

1858.